



RITMOS, TIEMPOS Y DURACIONES EN LA VIDA COTIDIANA DE LAS SOCIEDADES AGROALFARERAS DE LA REGION DE VILLA DE SOTO, CÓRDOBA, ARGENTINA

*Andrés Laguens**, *Mirta Bonnin **, *Marcos Abalos Luna**, *Cristina Cruz**, *Mauro Fernández**, *María Elena Ferreira**, *Nora Freites**, *Gaspar Laguens**, *Soledad Ochoa**, *Adriana Pesci** y *María Clara Quintero**

Resumen

Se presenta una primera aproximación a la comprensión de los modos de vida locales en el sector Austral de las Sierras Pampeanas, desde una perspectiva que parte de pensar a las personas y los objetos en movimiento en sus propios espacios. Se apunta a lograr una comprensión de los modos del habitar y la producción y reproducción de los mundos locales de las sociedades prehispánicas agroalfareras de la localidad de Villa de Soto, Córdoba. Se considera cómo pequeñas acciones frecuentemente reiteradas de prácticas socio-materiales habituales, desde las cotidianas, repetidas rutinariamente en lugares concretos, hasta prácticas únicas y de baja reiteración, participaron en la producción y reproducción de lo local, así como en incorporación de las personas y grupos de personas en redes más amplias de historias y procesos más allá de lo local, que trascienden la linealidad temporal de las cronologías arqueológicas. Se discute la posibilidad de pensar a estos grupos humanos en el marco de las sociedades de casa (*sociétés à maisons*, sensu Levi-Strauss), y cómo dichas prácticas, en su repetición, acumulación y sucesiva modificación en eventos puntuales, a la vez ponen en escena estructuras, formas de entender el mundo y formas de hacer las cosas de mucha más larga duración.

Palabras clave: vida cotidiana – temporalidad - prácticas sociomateriales - sociedades de casa

Resumo

Ele apresenta uma primeira abordagem para a compreensão dos modos de vida locais no setor Austral das Sierras Pampeanas, a partir de uma perspectiva que começa a partir de pessoas pensantes e objetos movendo-se em seus próprios espaços. Pretende-se compreender as formas de habitação e produção e reprodução dos mundos locais das sociedades de agro-cerâmica pré-hispânica da cidade de Villa de Soto, Córdoba. Considera-se o quanto pequenas ações repetidas de práticas sociodemais usuais, de todos os dias, rotineiramente repetidas em locais específicos, a práticas únicas de baixa repetição, participaram da produção e reprodução do local, bem como na incorporação de pessoas e grupos de pessoas em redes mais amplas de histórias e processos além do local, que transcendem a linearidade temporal das cronologias arqueológicas. É

Sociedades de Paisajes Áridos y Semi-Áridos es una publicación del Laboratorio de Arqueología y Etnohistoria, Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Río Cuarto. Cub. J-8. Ruta 36 Km 601 5800 – Río Cuarto, Argentina.
Correo Electrónico: revista.laboratoriounrc@gmail.com. Página web: <http://www.hum.unrc.edu.ar/ojs/index.php/spas/index>



discutida a possibilidade de pensar sobre esses grupos humanos no âmbito das sociedades de origem (*sociétés à maisons*, sensu Levi-Strauss) e como essas práticas, em sua repetição, acumulação e sucessivas modificações em eventos específicos, ao mesmo tempo estruturas de estágio, formas de entender o mundo e maneiras de fazer as coisas por muito mais tempo.

Palavras-chave: vida diária - temporalidade - práticas sociomateriais - sociedades domésticas

Abstract

It presents a first approach to the understanding of local ways of life in the Austral sector of the Sierras Pampeanas, from a perspective that starts from thinking people and objects moving in their own spaces. It aims to achieve an understanding of the ways of inhabiting and the production and reproduction of the local worlds of the prehispanic agro-pottery societies of the town of Villa de Soto, Córdoba. It is considered how small repeated actions of usual socio-material practices, from everyday ones, routinely repeated in specific places, to unique practices of low repetition, participated in the production and reproduction of the local, as well as in the incorporation of people and groups of people in wider networks of histories and processes beyond the local, that transcend the temporal linearity of archaeological chronologies. The possibility of thinking about these human groups within the framework of home societies (*sociétés à maisons*, sensu Levi-Strauss) is discussed, and how these practices, in their repetition, accumulation and successive modification in specific events, at the same time stage structures, ways of understanding the world and ways of doing things much longer lasting.

Keywords: daily life - temporality - sociomaterial practices - house societies

Introducción

Presentamos aquí los primeros avances de un proyecto en curso¹ en el que queremos intentar una aproximación a la comprensión de los modos de vida locales en el sector Austral de las Sierras Pampeanas, desde una perspectiva que parte de pensar a las personas y los objetos en movimiento en sus propios espacios. La idea rectora es estudiar los grupos prehispánicos de una región en particular – la Villa de Soto, NO de Córdoba (Figura 1) – en la escala de la vida diaria, de la cotidianeidad de las prácticas materiales, que en su repetición, acumulación y sucesiva modificación en eventos puntuales, breves, ponen en escena a su vez estructuras, formas de entender el mundo y formas de hacer las cosas de mucha más larga duración. En esa dinámica, consideramos también el entramado permanente entre distintas escalas de espacios y tiempos en el devenir del vivir y el habitar, prestando atención a los tiempos no lineales de las prácticas y la duración.



Rex González en el año 1943 (González 1943) fue el primero en publicar sobre la arqueología de Soto, producto de sus propios trabajos de campo en 1938 en lo que denominó el Paradero Indígena de Soto. Las investigaciones de Pastor (2014) en la zona de Lomas Negras, en el NO de Soto, constituyen las contribuciones más recientes de la región. En este espacio geográfico inmediato a Soto, Carlos Romero realizó investigaciones en aleros con arte rupestre en la zona de Serrezuela en la década de 1970 (Romero et al. 1973). Más recientemente los trabajos de Andrea Recalde (2009) han centrado su atención sobre la construcción del paisaje en relación a los sitios con arte rupestre. El análisis de las representaciones rupestres y su valoración patrimonial actual de Charquina, al Sur de Soto, fue realizado por Soledad Ochoa (2009). En una escala espacial más amplia, para la región comprendida por el actual departamento Cruz del Eje se hallan registrados 242 sitios arqueológicos (Cattáneo et al. 2015). Asimismo, aficionados y coleccionistas de la localidad, tienen una vasta experiencia en el conocimiento de sitios arqueológicos, así como han recolectado abundante y variadas clases de materiales en superficie, quienes participan también en el proyecto².

La región de la Villa de Soto es muy rica en documentación etnohistórica, así como en procesos históricos registrados, por lo cual son abundantes las fuentes de información histórica disponibles, así como trabajos de etnohistoria publicados que consideran la zona y la región (Bixio 1995, Castro Olañeta 2006, González Navarro 2010; Martín de Zurita 1983, Montes 1957, Piana 1992), sobre los cuales también se está trabajando desde la perspectiva del proyecto³.

Resultados preliminares

La zona de estudio inicial toma como eje el valle del río de Soto, desde que ingresa en el piedemonte procedente desde el SE en las Cumbres de Gaspar, en las Sierras Grandes, hasta que se insume tras el Bañado de Soto al NO, en un desarrollo de aproximadamente 24 km. A partir de allí, se considera el área de cobertura de esta cuenca hacia el NE y SO (Figura 1), en un eje de alrededor de 10 km.

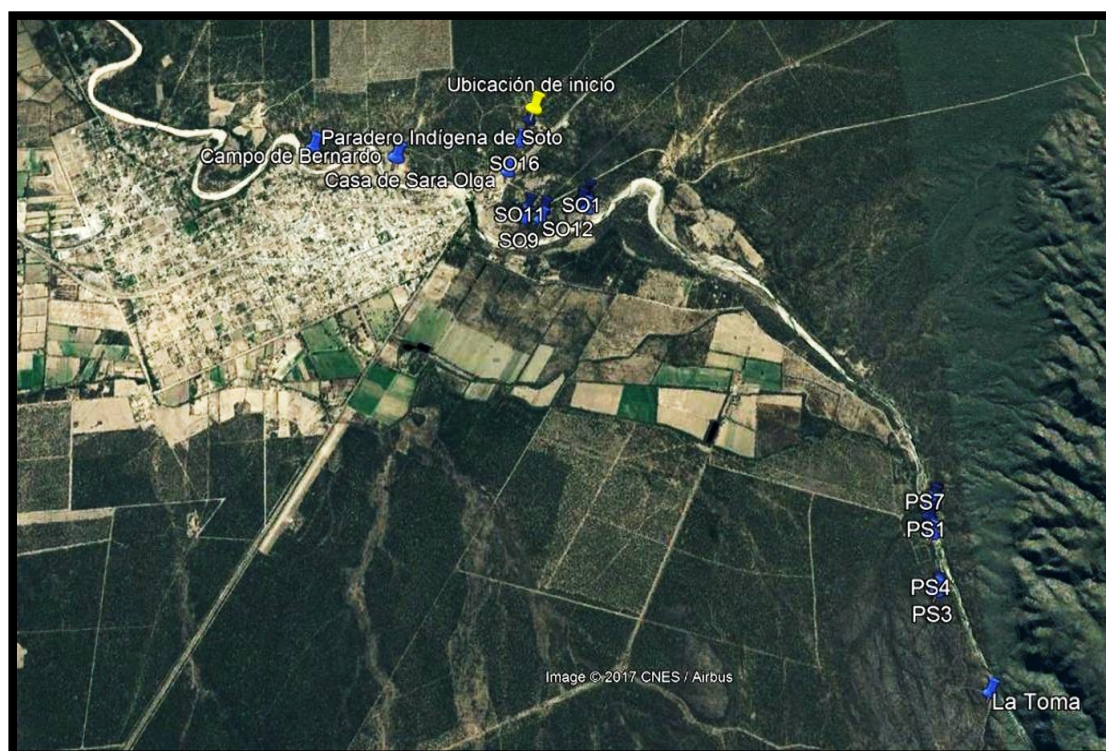


Figura 1: Ubicación de los sitios en la zona prospectada.

En la actualidad nos hallamos trabajando en dos líneas: prospecciones arqueológicas y trabajos colaborativos con la comunidad. Presentamos aquí los resultados de las primeras prospecciones, (para otra problemáticas arqueológicas específicas y a las actividades vinculadas con el Museo Comunitario de Soto, los procesos de patrimonialización y las representaciones sociales sobre lo arqueológico.

Se han realizado cuatro campañas de prospección sistemática, combinando dos estrategias de búsqueda de sitios. Por un lado, a partir del conocimiento previo de los integrantes locales del proyecto y de la publicación de Rex González; por otro, implementamos la prospección en torno a sendas, o el Sistema de Prospección por Sendas, como proponen Villafañez y colaboradores (Villafañez et al. 2015) (Fernández y Caminos 2017). Como resultado de estos trabajos, se han relevado hasta la actualidad 11 sitios (Figura 1) en las tres zonas prospectadas: la zona de La Toma (Estancia Las Playas), los campos el Este del antiguo puente carretero (Campo de Sara Olga), y las barrancas frente a la actual Villa (Campo de Bernardo).

a) La primera de estas áreas fue registrada 400 m al suroeste de la proveeduría del balneario "La Toma" y a unos 160 m del curso del río, en su margen izquierda (S 30° 53' 15.7" y W 64° 56' 11.8"). El lugar se ubica a una altura de 578 msnm y se



caracteriza por una densa flora de arbustos espinosos nativos, asociados con algunos especímenes exóticos. Allí, donde el raleo de la vegetación permite mayor visibilidad (como en las inmediaciones de un sendero, donde el sedimento es removido por el pisoteo y el escurrimiento superficial del agua), es posible observar fragmentos de alfarería indígena de muy buena calidad, de pasta naranja, homogénea, con espesor de 3 mm. Hay tiestos con decoración pintada en rojo y también en negro, sobre una superficie perfectamente alisada. Se encuentran secciones de cuerpo, bordes y bases, de cocción despareja en algunos casos.

b) Siguiendo el curso del río aguas abajo, a unos 600 m en dirección noreste, encontramos otra área con manifestaciones arqueológicas, en la cual distinguimos sectores de características diferentes. Sobre ambas riberas del río registramos morteros, horadados sobre grandes rocas fijas. En la margen izquierda se relevaron dos morteros. A 80 metros rumbo noreste, de la otra banda del río, se encuentra un conjunto de seis morteros que constituyen dos grupos de tres. En cuanto al primer grupo, dos de estos morteros tienen bordes bien definidos y medidas similares, mientras que el tercero es más pequeño e irregular. El segundo grupo está formado por tres morteros alineados. Las dimensiones son muy similares entre sí, tienen bordes bien definidos y escasa erosión.

c) Alejándonos del río unos 40 m en dirección al este, en la zona que corresponde a la barranca alta, encontramos las ruinas de un recinto de planta sub-rectangular, construido en piedra. Si bien la estructura conserva pocas hileras sobre-elevadas, se alcanza a distinguir que constituyen los basamentos de muros dobles. Alrededor de la estructura hay rocas dispersas que probablemente sean producto de desmoronamientos.

d) Sobre la misma banda del río, -margen derecha-, a una distancia de 75 m al norte, se hallan los restos de otros tres recintos de características similares al anterior. Son estructuras construidas con muros dobles de piedra, de planta sub-rectangular. Entre uno y otro de cada uno de estos recintos hay una distancia de 11 m, 15 m y 8 m. El área de emplazamiento relevada es de unos 3000 m² y se ubica a una altura de 576 msnm. Hay fragmentos de cerámica y material lítico disperso (deshechos de talla como lascas, núcleos, lascas con corteza), en toda la superficie que circunda las estructuras y en los sectores entre recintos.

e) Siguiendo en curso del río 4 km aguas abajo, con rumbo norte, en el área de los campos de Sara Olga Barrera, se encuentran dos sitios que se reconocen por pequeñas



concentraciones de restos superficiales, principalmente fragmentos de alfarería y material lítico. En éstos, la cerámica es mayoritariamente gris, de mayor espesor, con antiplástico de granulometría mediana y manufactura más “tosca”. Hay tiestos con improntas de cestería/redes, otros con decoración incisa o sin decoración. En cuanto a los restos líticos, se encontraron puntas de proyectil talladas en cuarzo y también deshechos de talla (lascas) de un material silíceo, blanquecino translúcido, con brillo graso y fractura concoide. Estos sitios se encuentran separados por una distancia de 550 m y se ubican en la margen derecha del río, sobre una topografía semi-plana, de escasa pendiente.

f) A los dos sitios referidos se suman otros señalados por Osvaldo Sánchez, en los cuales –de acuerdo a su propio relato-, hace muchos años atrás (“como 30 años”) era frecuente encontrar materiales arqueológicos, como puntas de proyectil de piedra “muy grandes y largas, como de lanza”, putas de flecha pequeñas y abundantes restos cerámicos.

g) Continuando con rumbo norte, siempre en la margen derecha del río, registramos otros dos sitios situados a 700 y 1000 m al este del cauce, -respectivamente-, dentro de una propiedad donde actualmente se desarrollan actividades de producción. El entorno que circunda al primero de estos sitios se encuentra fuertemente impactado por la ganadería, la tala selectiva y el tránsito permanente. Aquí se hallaron escasos fragmentos cerámicos y líticos, junto a los restos de una estructura circular o “botija”, aflorando como un círculo de terracota en la superficie, con un diámetro de 50 cm.

h) Otro sitio se ubica en una zona que muestra los efectos de una fuerte acción erosiva del agua, la que actuando de manera diferencial en el terreno, generó cárcavas y montículos. En algunos sectores el agua arrastró casi en su totalidad las capas superiores, dejando expuesto el substrato más profundo de sedimento eólico; mientras que en los lugares donde las especies vegetales fijaron el sedimento, quedaron montículos que conservan los estratos más superficiales. Entre estas cárcavas y montículos se encontraron restos óseos humanos de un entierro secundario y remanentes de 8 estructuras subterráneas de barro cocido o “botijas”.

No contamos hasta la actualidad con dataciones absolutas. A partir de las características de los materiales, y en comparación con otros sitios conocidos y su cronología, no es arriesgado considerar a estos sitios como correspondientes a los últimos siglos de tiempos precoloniales, y relativamente coetáneos. Por ello, hasta no



tener más datos, consideraremos a todos como pertenecientes a un mismo bloque temporal.

Algunas consideraciones iniciales

Partiendo de estos resultados preliminares, junto con la información disponible actualmente a partir de otras investigaciones en la región, nos interesa comenzar a aproximarnos a los modos de vida local, sus prácticas y temporalidades. Planteamos entrar a partir de una clase de sitios, aquellos que estimamos pueden haber sido sitios de vivienda, desde los cuales iremos remontando las redes que los atraviesan, sus vinculaciones con otras clases de objetos y las prácticas y sus tiempos, que unen esas entidades variadas y las enlazan con otras dimensiones sociales.

En primer lugar, en el panorama que se puede obtener de los sitios del sector analizado del valle, encontramos al menos dos diferenciaciones. Por un lado, sitios que mayoritariamente registran una recurrencia en las mismas clases de asociaciones entre materiales (básicamente, material cerámico y material lítico, tallado y pulido); por otro, sitios ya sea con rasgos estructurales fijos o asociaciones de materiales que remiten a prácticas especiales, tales como el taller lítico del Paradero Indígena, los locus con morteros fijos en piedra y los sitios con tecnoestructuras de almacenamiento o “botijas” u “hornitos”.

Más allá del tipo de sitio, todos ellos toman como eje el río Soto. De manera similar a otras regiones (Copacabana, por ejemplo), los sitios tienden a concentrarse en zonas, muy cercanas unas de las otras. Hasta hora, en las tres zonas prospectadas, se trata de áreas extensas donde los sitios se registran como concentraciones de materiales con distintas densidades de elementos en superficie. Ésta sigue un patrón de distribución igual en todos los casos, donde varía desde sectores con una alta concentración de restos – que permiten la identificación de una unidad de depositación que consideramos como sitio – a sectores que llegan a no tener materiales en superficie (sector inter-sitios). En el caso de las barrancas, tanto en el Paradero Indígena, como en el campo de Bernardo, dicha oscilación en las densidades se reitera linealmente a lo largo de por lo menos 1000 metros en forma paralela al río (según González hasta 4 km). En base a la experiencia previa en otros lugares y al estado de conocimiento de la arqueología de la zona norte y central de las Sierras, consideramos que estas grandes áreas de depositación internamente discontinuas, cada una con componentes menores de similares



composición artefactual y distribución, se corresponden con unidades residenciales, concentradas en sectores del paisaje, a la manera de poblados o asentamientos de tipo aldeano (Assandri y Laguens 2003).

Resulta interesante pensar estas unidades de asentamiento de tipo aldeano no solo como los espacios de asentamiento, locus del desarrollo reiterado de prácticas cotidianas, sino también como espacios de socialización, de relaciones interpersonales e intra grupales, cara a cara, que hacen a la reproducción social de sus habitantes como una unidad, una sociedad. Se trata de un espacio del habitar compartido que, a la vez que mantiene la individualidad de cada núcleo residencial o vivienda y la de sus moradores en la pequeña escala de lo doméstico y personal, mantiene a la vez la integración y cohesión de sus residentes como grupo, en una escala de lo social, como desarrollaremos más adelante. Sus habitantes comparten un sentido de lugar, de pertenencia, de identificación. Una aldea es el espacio de desenvolvimiento de las micro-historias, de los eventos, de los ritmos rutinarios, a la par que es el ámbito de despliegue de los modos de hacer compartidos, de eventos de más larga duración, de prácticas consuetudinarias.

Merecen una breve consideración las diversas clases de materialidades que encontramos recurrentemente en los distintos sitios. Una de ellas es la cerámica con impronta de cestería, de redes o de ambas (Figura 2a). Varios autores (González 1943, Serrano 1943, Laguens y Bonnin 2009) han destacado como elemento identificador de la región de Soto la abundancia relativamente alta de estas clases de cerámica en comparación con otras regiones. Es interesante pensar los procesos de fabricación de estas piezas en términos de prácticas que, en su reiteración, por un lado reafirman y reproducen lo local – a tal punto que hoy la identificamos con diagnóstica – y por otro, perpetúan una lógica de fabricación o materialización de las cosas que creemos que va más allá de lo estético y lo funcional, y que también pudo hacer satisfecho una dimensión identitaria.

Si pensamos en la cadena operatoria llevada a cabo para su concreción como objetos, estas piezas implican momentos estratégicos – en el sentido de Lemmonier, 1992 – que pueden poner en relieve representaciones sociales en cuanto a cómo es el mundo y/o deben ser hechas las cosas. La copia de otro objeto, como es la cesta usada como molde, es un elemento estructural de su proceso de manufactura que hace que las mismas sean una clase de cosa particular, y no otra.



Figura 2: (a) cerámica con impronta de cestas y redes de Soto. Colección del Museo de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba. (b) Hachas de piedra pulida del Paradero Indígena de Soto. Tomado de González 1943.

Otro elemento que merece reflexión es la presencia reiterada en los sitios de materia prima lítica de procedencia extra-local, como el ópalo y silcretas o “calcedonia”. En particular, el ópalo solo se encuentra en fuentes localizadas y, hasta nuestro conocimiento, las más cercanas se hallan en el piedemonte norte de las sierras o en la llanura extraserrana septentrional. En cuanto a las silcretas (no sabemos si González se refiere con precisión a calcedonia o también se trate de la parte interna de una silcreta, dadas sus apariencias semejantes), sus posibles fuentes no se hallan en las áreas cercanas a los sitios, sino en sectores serranos hacia el Este y Noreste. Esto resulta muy interesante en cuanto a pensar la territorialidad de estos grupos, las vías de tránsito y la temporalidad de las prácticas asociadas con su provisión, quizás en eventos periódicos, de duración media, pero quizás también de baja reiteración o frecuencia excepcional, tanto por aprovisionamiento directo o intercambio.

Es claro que la recurrencia de estas materias primas en diferentes unidades de asentamiento marca una práctica establecida, que se distingue por la importancia de las



cualidades de su materialidad (por ej., color, brillo, textura, fractura) y por el empeño en obtenerlas. De manera interesante, las prácticas de manufactura (y hasta quizás de uso) de estos materiales extra-locales no se distinguen de aquellas de las materias primas locales. Es notable que los objetos hechos con estas materias primas – puntas de proyectil y cuchillos – no se diferencian técnica ni morfológicamente ni en estilo de otros semejantes hechos en cuarzo, la materia prima local más cercana y abundante. También es claro que los artefactos de estas materias extra-locales ingresaban a las áreas de vivienda terminados, ya manufacturados, a diferencia de los de cuarzo, cuyos núcleos y nódulos son los únicos encontrados en los sitios de vivienda. Es decir, no sólo sus orígenes materiales son extra-locales, sino que también serían extra-sitio (extra-aldea, si se quiere) evocando no solo otros lugares de origen – fuera de lo comunal – sino también otros lugares de materialización, de fabricación, fuera de lo inmediatamente local, de lo doméstico.

Una nota interesante a agregar es que en algunos casos se trata de objetos personales, de uso y probablemente de manufactura personal, como son las puntas de proyectil. Hemos reflexionado en otro lado sobre los intercambios a larga distancia y la posesión individual de objetos exóticos, o materia prima de alto costo de adquisición (Laguens et al. 2007). Por un lado, si se trató de intercambio, ello está apuntando a relaciones sociales extra-grupales, y por lo tanto a un paisaje social extendido (Gamble 1990, Laguens et al. 2007). Es claro también que, como bienes materiales traídos de otros lados, participan en redes de relaciones más allá de lo económico y tecnológico, y que ponen en juego otras dimensiones como lo social, lo individual, la identidad, lo ideológico, ya sea de manera simultánea o independientemente.

Podría pensarse la vigencia de la misma lógica en la importancia dada a materiales extra-locales, en el uso de caracoles del Atlántico para materia prima de collares, así como los objetos aparentemente del NOA, como la pipa y la figurilla de piedra sapo hallados por Gonzáles en el Paradero. Todos objetos, que además, enfatizan simultáneamente la individuación de sus portadores o poseedores.

Un análisis y reflexión semejante podría ser hecho con respecto a las hachas con cuello, tan abundantes en los sitios y la zona. Se trata también de objetos de uso personal – y muy probablemente de fabricación individual –, con una gran variedad de formas y hechas en por lo menos cuatro materias primas diferentes (diorita, anfíbolita, basalto y cuarcita). No tenemos en claro las fuentes de aprovisionamiento – quizás haya



sido directamente el río – y no hemos hallado hasta ahora que exista una correlación entre forma y materia prima. Sus formas y tamaños son muy variados, un hecho que no es fácil de explicar sólo por funcionalidad; es como si cada una de ellas fuera única (Figura 2b). Podemos pensar en una dimensión individual, personal, y quizás individualizante, de las hachas pulidas. Como artefactos de posesión personal y herramientas, están en estrecha relación en el accionar práctico de individuos con el monte, con los árboles, básicamente para su tala. Como es usual, es muy probable que se tratase de artefactos de manufactura y uso masculinos (con lo cual no queremos decir que las mujeres no puedan hachar ni que no lo hayan hecho). Cualquiera sea el caso, se trata de una relación depredadora con el monte, con los árboles, que los mata o mutila, y que es compartida por todos aquellos poseedores de hachas (así como los usuarios de su producto, la madera).

Esta lógica contrasta con la de las prácticas de recolección que establecen una relación que a la vez de explotadora o aprovechadora es de cuidado de los árboles, incluso de las mismas especies taladas. Si nos arriesgamos aquí a hacer otra consideración de género acerca de esta actividad – como puede surgir de algunas etnografías y crónicas – es tentador pensar que se tratara de otro tipo la relación aquella de las mujeres con los árboles, o con una parte del paisaje o quizás, hasta con la misma naturaleza.

En relación con la recolección, vale la pena que nos detengamos en la presencia de “botijas” en algunos de los sitios. Se trata de estructuras subterráneas de tierra cocida, una de cuyas principales funciones ha sido el almacenamiento de semillas. Fue una práctica ejecutada a una escala doméstica, con presencia de un par o algunas más en los sitios pequeños, tanto como a una escala comunal, registrándose concentraciones en sectores de un mismo sitio que superan el centenar (Laguens et al. 1987; Laguens 1993, 1999). Creemos que en este último caso estuvieron asociadas con fiestas inter-grupales, como las borracheras y juntas. Su dispersión espacial y temporal es muy amplia, desde las costas del Paraná hasta las provincias de San Luis y San Juan, con fechados en Santa Fe que las ubican en el 2000 AP (Cornero et al. 2013) y en el siglo XVI en Córdoba (Laguens et al. 1987). Es decir, se trata de un objeto de uso generalizado en distintas sociedades, quizás todas ellas compartiendo un contexto similar como el Chaquense, y sin duda vinculadas con una larga duración y continuidad en el tiempo. En el Valle de Soto las hemos encontrado en estrecha relación espacial con los sitios de vivienda,



como un sector diferenciado de los mismos, destinado al almacenamiento doméstico, de baja escala. No sabemos en este caso particular de qué, posiblemente frutos silvestres o semillas cultivadas, pero cualquiera de los casos remite a productos traídos de fuera de ese locus y, a la par, a una intención de prolongar en el tiempo su vida útil. Se trata de procedimientos técnicos y prácticas de conservación que, en los mismos actos de fabricación y uso, condensan largas tradiciones – quizás también pre-alfareras - y que comparten una memoria social expandida, extra-territorial.

En términos de procesos identitarios y de memorias sociales expandidas, las estatuillas antropomorfas de cerámica componen otro grupo de materialidades que comparten elementos en común con otros grupos más allá de lo local. No se conoce una cronología de cuándo comienzan a producirse estas estatuillas, muy comunes en varios sitios de las sierras, sobre todo en el sector central. Lo que sí es claro, que no perduran tras la invasión española. En otro lado hemos considerados a las mismas como “personas en barro”, ya que creemos que representan a personas en particular, un poco a la manera de retratos (Bonnin y Laguens 1997; Laguens y Bonnin 2009), dado que no hay dos iguales y el esmero puesto en marcar los detalles particulares, respetando la individualidad personal. Hay una intención de destacar esas particularidades y otros rasgos personales – como peinados, incisiones como si fueran tatuajes, gorros, delantales, etc. – en contraste con otros, como los brazos que usualmente no se modelan, o las piernas y pies que podríamos decir que se bosquejan, dando muchas veces la idea de fardos funerarios. El detalle puesto en la individuación material contrasta con otra esfera de la vida, la muerte, donde tras ella pareciera perderse en la tierra toda individualidad. Es muy común que el tratamiento de los cuerpos denote poca dedicación o preocupación por los muertos, la mayoría enterrados sin ajuar y sin indicaciones en superficie de las tumbas, no sólo aquí, sino en toda la región (Fabra et al. 2009). Es como si la memoria de los muertos se pasara a las estatuillas, en una especie de mimesis.

Al respecto son sugerentes dos datos, uno etnográfico y otro etnohistórico, acerca de la memoria de los muertos en Santa Fe y Córdoba, respectivamente. Según el relato de Florián Paucke (1942) del siglo XVIII entre los Abipones, un grupo chaqueño, cuando una persona moría no se utilizaba más su nombre, no se lo nombraba más, e inclusive las cosas que usaba cambiaban de nombre, así como el animal asociado a su nombre; es decir, era un proceso de invisibilización por la palabra y de eliminación de



memoria oral. Por su parte, es común hallar en los documentos etnohistóricos de Córdoba referencias a los cambios de los nombres de los pueblos de acuerdo al cambio de cacique, entendiendo que por su muerte. Es decir, el muerto aquí también se convertiría en innombrable. De ser esto así en el pasado, podríamos arriesgar que ante la muerte no habría más memoria oral, sino solo memoria material, aquella de la estatuilla que lo representara. Hay un traspaso desde lo etéreo – aunque muy potente – del habla, del nombre, posiblemente del alma inclusive, a la materialidad y corporalidad particular de las estatuillas.

Son muy pocas las encontradas en contextos, que usualmente son domésticos, pero ¿por qué guardarlas?, ¿por qué guardar materialmente la memoria de los muertos? Sin duda se trata de un modo referencial que de alguna manera prolonga en el tiempo la presencia del muerto y nos preguntamos si ello habrá podido estar relacionado con algún sentido de ancestralidad.

Una práctica que pareciera ser excepcional o poco habitual, y por ende de una temporalidad acorde con ello, es el entierro de un párvulo en urna hallado en el sitio SO 4. Se trata de un tipo de hallazgo con baja frecuencia en las sierras de Córdoba, en general. En este caso se trataría de un entierro en un contexto doméstico o, al menos, peri-doméstico, y que llama la atención por su contraste con los entierros de adulto, que son siempre directos en la tierra (Fabra et al. 2009). A su vez, es notable el hecho que se trata de una vasija hecha en molde de cestería. Otro contraste, es que no tenemos conocimiento de la representación en las estatuillas antropomorfas de niños, sino que se pareciera tratarse siempre de adultos, si pensamos en términos de tamaño o proporciones corporales. Es sugerente, pensar la idea que puede haber estado vigente algún criterio o criterios de definición de persona, quizás vinculado con las edades, y asociados a prácticas diferentes en cuanto a su tratamiento ante la muerte y los tipos de memorias materiales. Así, mientras los adultos eran invisibilizados físicamente y representados por medios plásticos, los cuerpos de los niños recibían un tratamiento especial y un esmero en su conservación, inclusive en contenedores especiales, como dichas cestas-vaijas.

Algunas reflexiones (pensando las tramas)

Hemos comentado hasta aquí la presencia de una serie de prácticas rutinizadas, tanto de manufactura como de uso, reiteradas en los distintos sitios. Se trata de espacios



de uso reiterado, y acotados en el paisaje, y dentro de ellos, en locus puntuales con concentración espacial de las actividades. A su vez, son espacios con continuidad de ocupación, con seguridad hasta entrada la conquista (y aún más cuando comenzaron a usarse muros de piedra. Estos espacios, comparten muchas materialidades en común, no solo de formas y estilos, sino también en materias primas, locales y extra-locales, que hacen converger y coexistir espacios disímiles y distantes entre sí en las unidades residenciales. Pero a su vez, en ese mundo compartido, grupal, no se pierden las individualidades, ya sea por objetos de uso personal – como las hachas pulidas o adornos exóticos – o por la memoria material de las estatuillas. Nos encontramos así en los sitios, en los espacios del habitar, de una heterogeneidad compuesta de diversas materialidades asociadas, de múltiples espacios de referencia y temporalidades de diferente duración, coexistiendo cotidianamente en el desenvolvimiento de la vida local. Se trata de un ensamblado de múltiples entidades, materiales e inmateriales que no se definen simplemente por ser un agregado de cosas o por sus contextos, sino por sus relaciones y los efectos de las mismas (Jones y Alberti 2013; Lucas 2012).

En ese ensamble, las diversas partes y prácticas particulares que lo componen tienen un efecto a nivel doméstico, de una casa como una unidad residencial. La rutinización de las prácticas, como dijimos arriba, aunque situadas en un locus específico, como un sitio de vivienda, un recinto, es una materialización de lo social que en realidad trasciende lo doméstico. Allí se está produciendo y reproduciendo cotidianamente la sociedad, materializando la memoria social, a la vez de transformándola en su devenir. Lo doméstico trasciende la “casa” como espacio físico.

Y aquí nos interesa introducir un concepto a poner a prueba. La idea de “casa”. La propuesta es pensar la “casa” como un “cuerpo colectivo”, una red de relaciones, materiales e inmateriales, cuyo espacios, materialidades y efectos trascienden lo individual y familiar y su particular locus habitacional. Una “casa”, en este sentido, no se limita ni se define por una unidad de vivienda, un sitio residencial, o inclusive una unidad doméstica en términos antropológicos (de la cual, sin duda forman parte). Como sostiene Gillespie (2000) este concepto de casa trasciende lo individual, al tiempo que individualiza al cuerpo colectivo, y trasciende diferentes escalas de fenómenos sociales.

Esta idea de casa se halla asociada a la propuesta de Levi-Strauss en lo que denominó “*sociétés à maisons*” (Levi-Strauss 2005) como una forma que organiza a la sociedad, social y/o políticamente. Levi-Strauss lo propuso como un concepto novedoso



y distinto para pensar de manera alternativa las formas de parentesco y las organizaciones políticas en sociedades que no se ajustaban a las definiciones establecidas de la antropología. La “casa” se trata así tanto de un espacio social como material. Espacio social, en los términos de Bourdieu (1984, ver Laguens 2014), como un espacio de relaciones y de posiciones relativas de los individuos compartiendo disposiciones y capitales inmateriales (simbólicos, políticos, culturales, etc.) así como materiales (cosas, objetos, espacios físicos, territorios, paisajes, etc.) en común. Éstos son reconocidos por los individuos y los grupos de individuos como tales, e implican *habitus* y prácticas en común. Y es un espacio material en tanto un dominio de materialización de las diversas tramas de relaciones donde esos capitales son puestos en juego a lo largo del tiempo.

Pero ende, este concepto de casa no se limita a solo la escala doméstica, individual, o de un grupo familiar. La casa implica también un sentido de pertenencia y de reproducción social, que supera las vidas individuales, y una espacialidad cuyos alcances pueden superar lo local. Así, una casa puede no ser una, sino muchas (viviendas), incluir no solo una familia, sino grupos de individuos emparentados o unidos por otros lazos – una autoridad político-social, un ancestro o un cacique, por ejemplo – e incluir espacios habitados no cotidianamente, como una chacra, un cazadero, una cantera, un sitio temporario en los campos de cultivo, etc. Justamente, las redes de relaciones que se materializan en los espacios domésticos, pueden ser una vía de entrada a definir la vigencia y/o alcance de una casa.

No pretendemos identificar materialmente “casas” particulares en el registro arqueológico, sino identificar redes de relaciones y fenómenos emergentes que cobren sentido si son pensados desde esta perspectiva. Creemos que este concepto de casa como un ensamble, como un espacio relacional social y material colectivo, con sus reglas de reconocimiento y *habitus*, permite entender varias situaciones analizadas desde la etnohistoria de Córdoba en cuanto a las formas de autoridad, identificación comunitaria o sentido de pertenencia étnico y espacial, y que ello nos puede ayudar a entender sus alcances y pensarlo luego para lo arqueológico. Son muy conocidas las referencias documentales (en expedientes administrativos y judiciales, padrones, visitas, informes de autoridades) en cuanto a la autoidentificación y sentido de pertenencia individual de los indígenas a un unidad étnica y geográfica-espacial supraindividual (pueblos y parcialidades en las categorías españolas), y el reconocimiento y sujeción a



su vez a una autoridad étnica particular de esa misma unidad (cacique o caciques). Asimismo, es claro en muchos casos la presencia de dos líneas de autoridad, una principal y otra secundaria (Bixio 1995, Berberían y Bixio 1983; Cabrera 1931; Martin de Zurita 1983; Piana 1992, Castro Olañeta 2006, Tell y Castro Olañeta 2011, citando solo algunos). Se ha discutido también los problemas y los alcances de la idea de “pueblo”, tal como es descripta por los españoles, y el sentido indígena que trasluce el uso del término, así como el de “parcialidad”. En particular es interesante el enfoque de Castro Olañeta sobre los pueblos del valle de Quilino y sus alrededores y de Camicosquin (Castro Olañeta 2006:40 y ss.). Allí la autora encuentra que hay una diferenciación doble de la sociedad indígena, una espacial y otra político-jerárquica, que se presenta así organizada en torno a las etnocategorías españolas de “pueblos”, “parcialidades” o “asientos” (op.cit. p. 51). Estas categorías son identificadas con topónimos, adscribiendo a los grupos a la autoridad de “caciques”. Propone hablar de “asiento” como “los agrupamientos o conglomerados de pueblos presentes en un valle o situados alrededor de un curso de agua, acequia o aguada, y de ‘pueblo’ al hacer referencia a cada grupo en particular con su topónimo propio y cacique” (Idem, 52)³.. El panorama que surge del documento es la existencia de grupos vecinos, relativamente autónomos, con su propia autoridad – cacique – y relacionados entre sí por el acceso compartido a ciertos recursos, principalmente el agua. La autora intuye que, además de compartir un territorio y recursos, los “pueblos” estarían unidos por lazos de parentesco, uno de cuyos ejes era el pueblo principal o núcleo organizador del resto (Ibidem. 54), como sostienen otros estudios etnohistóricos de Córdoba (Piana 1992).

En base a lo anterior nos resultan sugerentes ciertas homologías con la definición de “casa” y nos preguntamos ¿hasta qué punto esta percepción española y su narración no trasluce la vigencia de sociedades de casa en Córdoba? De haber sido esto así, ¿podemos usar heurísticamente el concepto levistraussiano de “casa” al registro arqueológico de tiempos anteriormente inmediatos al período temprano de invasión y asentamiento español? Por ahora, nos preguntamos hasta qué punto las “aldeas” como las definimos arriba, no son una referencia material – y la materialización – de “casas” en el sentido aquí delineado, de una sociedad de casas. Nos falta información, trabajo de campo detallado y laboratorio, para llegar a responder esto, pero resulta sugerente en esta dirección las diferencias encontradas en el registro por Rex González en cuanto a lo que él percibe y define como dos tradiciones alfareras distintas coexistiendo en un



mismo yacimiento. Esto es, dos formas de hacer algo tan tradicional como la cerámica, coexistiendo en un mismo asentamiento, con todas las connotaciones simbólicas, identitarias y comunicacionales que portan los objetos. Las opciones para su explicación pueden ser múltiples – diferencias social, diferencias étnicas, temporales, funcionales, etc., – pero algunas no son mutuamente excluyentes de la existencia de al menos dos “casas” conviviendo en una aldea. Quizás la referencia habitual de dos nombres para un mismo pueblo en los documentos etnohistóricos, no sea una cuestión de idiomas o dialectos, sino de “casas” distintas, inclusive cada una con su propio cacique.

Algo similar expresa Recalde (2009: 52-53) en su interpretación del arte rupestre tardío de Guasapampa y que podría ser leído en estos términos, en cuanto reconoce que en las modalidades de figuración y el tipo de soporte hay un interjuego entre lo doméstico, cotidiano, y lo grupal. Sostiene que las semejanzas y diferencias en las representaciones rupestres, junto con su visibilidad y accesibilidad, darían cuenta de códigos compartidos diferencialmente, en función la integración de las unidades domésticas (con manifestaciones de acceso y distribución más restringidas), las que a su vez se integrarían a un grupo de mayor agregación (aquellas pinturas más visibles y accesibles), posiblemente coincidente con lo que los españoles denominaron como parcialidad. Para nosotros, quizás, casas. De este modo, las semejanzas funcionaban como medios integradores en unidades políticas mayores, y las diferencias particulares fortalecían la cohesión interna e identificación de unidades familiares.

Algo similar también es planteado por la misma autora y Pastor (2011), pero ya en un área geográfica más amplia del NO cordobés, confirmando el mismo tipo de relaciones y prácticas en relación a las manifestaciones rupestres, en particular a partir del análisis de la representación de camélidos y las asociaciones diferenciales de cánones estilísticos. La existencia de un interjuego entre elementos mayoritaria o minoritariamente compartidos, y de mayor o menor circulación, estaría relacionado con estrategias de identificación y diferenciación de los grupos locales, desde las unidades familiares hasta su articulación simultánea en redes de interacción más amplias, que reproducían vínculos sociales territorialmente más amplios.

Consideraciones finales

En síntesis: dijimos al inicio que nos interesaba analizar cómo prácticas socio-materiales habituales, reiteradas frecuente o cotidianamente, de manera rutinaria en



lugares concretos, así como prácticas únicas o de baja reiteración, participaron en la producción y reproducción de lo local, en diferentes espacios y temporalidades. Creemos que las propiedades del registro arqueológico conocido y lo descubierto hasta ahora nos han permitido experimentar con una aproximación que enfatiza las relaciones y que aspira a ir acercándonos a entender a las sociedades locales en sus propios términos, en su mundo particular. Hemos puesto en juego una perspectiva relacional, multidimensional y pluriescalar. Entrevemos en la idea de las cosas como ensambles y en el concepto de sociedades de casa un potencial a desarrollar con la profundización de la investigación, tratando de definir con mayor precisión su vigencia y alcance, y que nos acerque a los modos del vivir de las sociedades indígenas del Valle de Soto.

Notas

¹ Financiado por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba, SECYT-UNC, 2016-2018.

² Se trata del Prof. Eduardo Crespo, Daniel Tesán y Osvaldo Sánchez.

³ En la actualidad existen varias comunidades originarias en la región: la Comunidad Indígena *Tulián* del Pueblo Comechingón de San Marcos Sierras, la Comunidad *Tacu Kuntur* de San Marcos Sierras, la comunidad *Macat Henen*, perteneciente al Pueblo Comechingón y con asiento en la localidad de La Higuera. Hasta el año 2013 aún estaban en vías de reconocimiento por el Instituto Nacional de Asuntos Indígenas (INAI) la comunidad de *Toco-Toco* en la localidad homónima y la de *Mel Meli Melián*, en Cruz del Eje (Cattáneo op. Cit.).

Referencias Bibliográficas.

- ASSANDRI, S. y A. LAGUENS (2003) Asentamientos aldeanos Aguada en el Valle de Ambato. Córdoba: *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo 3, pp.31-40.
- BIXIO, B. (1995) La fundación de una identidad contrastante o el nacimiento de un tema. Córdoba: *Comechingonia* 8: 149-198.
- BERBERÍAN, E. y B. Bixio (1983) Etnohistoria de la región de Potrero de Garay. Córdoba: *Comechingonia*. 2(3):11-46.
- BONNIN, M. y A. LAGUENS (1997) Personas de Barro. *Homenajes*, Córdoba: Fundación Facultad de Filosofía y Humanidades, U.N.C., Museo de Antropología.
- BONNIN, M. y A. LAGUENS (2000) Entre esteros y algarrobales. Los aborígenes de Córdoba y Santiago del Estero. En: (M. Tarragó, ed.), *Nueva Historia Argentina*,



- tomo I: Los pueblos originarios y la conquista*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, Cap. IV: 147 - 186, Bs. As.
- BOURDIEU, P. (1984) Espacio social y génesis de las "clases. En: Pierre Bourdieu, *Sociología y Cultura*. México: Editorial Grijalbo: 281-310.
- CABRERA, P. (1931) Córdoba del Tucumán prehispánica y protohistórica. Córdoba: *Revista Universidad Nacional de Córdoba*, año XVIII, N° 7-8.
- CASTRO OLANETA, I. (2006) *Transformaciones y continuidades de sociedades indígenas en el sistema colonial. El pueblo de indios de Quilino a principios del siglo XVII*. Córdoba: Alción Editora.
- CATTÁNEO, R., A. IZETA y T. COSTA (2015) *El patrimonio arqueológico de los espacios rurales de la provincia de Córdoba*. IDACOR-Córdoba: Museo de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba, 389 pp.
- CORNERO, S., P. DEL RIO y C. CERUTI (2013) Sitios Con "Hornitos" Del Holoceno Tardío En El Chaco Austral: Colonia Dolores, Dpto. San Justo, Provincia de Santa Fe. Rosario: *Anuario de Arqueología*, 5:103-115.
- FABRA, M., S. SALEGA y C.V. GONZÁLEZ (2009) Comportamiento mortuario en poblaciones prehispánicas de la región austral de las Sierras Pampeanas durante el Holoceno. *Revista Arqueología* 15:165-186.
- GAMBLE, C. (1990) *El poblamiento paleolítico de Europa*. Editorial Crítica, Barcelona
- GILLESPIE, S. D. (2000) Lévi-Strauss : Maison and Sociéte à Maisons." In *Beyond Kinship: Social and Material Reproduction in House Societies*, edited by R. A. Joyce and S. D. Gillespie. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- GONZÁLEZ, A. R. (1943) Paradero indígena de Soto (Córdoba). Buenos Aires: *Anales del Museo Argentino de Ciencias naturales*, XLI,
- GONZÁLEZ NAVARRO, C. (2010) Una Aproximación Al Territorio Indígena Prehispánico. Córdoba (Siglo XVI) *Andes* 2012, 23.
- JONES, A.M. y B. ALBERTI (2013) Archaeology after interpretation. En: *Archaeology after Interpretation. Returning Materials to Archaeological Theory*; (ed. por B. Alberti, A.M. Jones y J. Pollard). Left Coast Press, Walnut Creek, California, pp. 15-42



- LAGUENS, A. (1993) Locational Structure of Archaeological Underground Storage Pits in Northwest Córdoba, Argentina. Sao Paulo, Brasil: *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*, Nro. 3, pp. 17-33, Universidades de Sao Paulo,
- LAGUENS, A. (1999) *Arqueologia del contacto hispano indígena. Un estudio de cambios y continuidades en las sierras centrales de Argentina*. Oxford, British: Archaeological Reports International Series.
- LAGUENS, A. (2014) Cosas, personas y espacio social en el estudio de la desigualdad social. La trama de las relaciones en una sociedad diferenciada en la región andina de Argentina (s. VI a X d.C). *Revista Arkeogazte*, N°3
- LAGUENS, A. y M. BONNIN (1987) Espacio, paisaje y recursos. Estrategias indígenas alternativas y complementarias en la cuenca del río Copacabana (Dto. Ischilín, Córdoba, Arg.) Sitio El Ranchito: 1000 a.C.-1600 d.C. Córdoba: *Publicaciones del Instituto de Antropología*, XLV (1985).
- LAGUENS, A., M. GIESSO, M. BONNIN y M. GLASCOCK (2007) Más allá del horizonte: cazadores-recolectores e intercambio a larga distancia e Intihuasi. *Intersecciones en Antropología*, Nro 8, Universidad del Centro de la Provincia de Bs.As.
- LEMMONIER, P.(1992) Elements for an Anthropology of Technology, *Anthropological papers* Vol. 88, University of Michigan. Museum of Anthropology, 129 pp.
- LEVI-STRAUSS, C. (2005) *La vía de las máscaras*. México: Siglo XXI Editores,
- LUCAS, G. (2012) *Understanding the Archaeological Record*. Cambridge: Cambridge University Press, 206 pp.
- MARTÍN DE ZURITA, J. (1983) Etnohistoria del Departamento Pocho, durante el siglo XVI. *Córdoba: Comechingonia*, Año 1, N° 1: 113-149.
- MONTES, A. (1957) Nomenclador cordobense de toponimia autóctona. 2da Parte. *Anales de Arqueología y Etnología*, XII, Universidad Nacional de Cuyo.
- OCHOA, G. S. (2009) Representaciones rupestres en el noroeste de la Provincia de Córdoba: Análisis de las representaciones rupestres y valoración patrimonial de Charquina. *Tesis de Licenciatura*, Escuela de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba



- PASTOR, S. (2014) *Lomas Negras de Serrezuela. Construcción de un paisaje rupestre entre las sierras de Cordoba, las Salinas Grandes y los llanos de La Rioja*. La Plata: Editorial Quire- Quire: 32 p.
- PAUCKE, F. (1942) *Hacia allá y para acá. Una estadía entre los indios Mocabies, 1749-1767*, Vol. I, Tucumán.
- PIANA, J. (1992) *Los indígenas de Córdoba bajo el régimen colonial (1570-1620)*. Ediciones del Autor, Córdoba
- RECALDE, A. (2009) Diferentes entre iguales: el papel del arte rupestre en la reafirmación de identidades en el Sur del Valle de Guasapampa (Córdoba, Argentina). *Boletín Del Museo Chileno De Arte Precolombino* Vol. 14, N° 2, 2009, pp. 39-56, Santiago de Chile.
- RECALDE, A. y S. Pastor (2011) Variabilidad y dispersión de los diseños de camélidos en el occidente de Córdoba (Argentina). Circulación de información, reproducción social y construcciones territoriales prehispánicas. Córdoba: *Comechingonia. Revista de Arqueología*, Número 15, 2011, pp. 93-114,
- ROMERO, C., E. ARGÜELLO DE DORSCH y A. UANINI (1973) El arte rupestre de Córdoba. Córdoba: *Proyecciones*, año II, N° 8.
- SERRANO, A. (1945) *Los Comechingones*. Serie Aborígenes Argentinos. Córdoba: Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore de la Universidad Nacional de Córdoba.
- TELL, S. e I. CASTRO OLANETA (2011) El registro y la historia de los pueblos de indios de Córdoba entre los siglos XVI y XIX, *Revista del Museo de Antropología* 4: 235-248,
- VILLAFañEZ, E., E. FONSECA, G. ACUÑA y HUGO PUENTES (2015) Moviéndose con el paisaje: una propuesta metodológica desde el Valle Balcozna, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XL (2), julio-diciembre 2015: 477-500.

Fecha de recepción: 16 / 02 / 2018

Fecha de aceptación: 20 / 11 / 2018